

Si contaba con Aguado, nada más fácil que convencer á los reyes de lo desastroso de los descubrimientos de Colon.

La vista de los caribes podia dar una idea de la mayor parte de los habitantes de la isla, á los que seria necesario cazar.

Una ligera dádiva á los colonos que habian vuelto bastarian para que atestiguasen los trabajos que habian pasado y las pocas esperanzas que abrigaban sus compañeros de conseguir el objeto de su viaje.

Por otra parte, si Aguado manifestaba que las cartas de Colon eran falsas, que sólo por un deber de gratitud se habia encargado de presentarlas, pero que ántes que hombre agradecido era español y debia la verdad á sus reyes; si describia entonces la situacion de los españoles como la más afflictiva y desesperada, podia muy bien lograr que se enviasen inmediatamente algunos buques para mandar regresar á Colon, y en ese caso experimentaria el placer de ver llegar al que poco antes habian aclamado todos los españoles con el sello de la desgracia y avanzando á confesar su engaño entre los silbidos de la plebe y el desprecio de los grandes señores.

Era, pues, indispensable á Fonseca la cooperacion de Juan de Aguado.

Al efecto, apenas estuvo en su presencia, tratándole con las mayores consideraciones, le pidió en nombre de los sagrados deberes que como español tenia que cumplir, que le revelase la verdad de lo que pasaba.

La verdad era triste.

Pero como Aguado estaba ya prevenido, y queria hacer valer su complicidad, manifestó que el contenido de las cartas era cierto, y que, aunque habian pasado grandes apuros, habia seguridad de que muy en breve el oro que podria enviarse desde aquellas tierras bastaria, no sólo para sufragar los gastos, sino para ofrecer pingües ganancias á la corona de Castilla.

—Aunque así sea,—dijo Fonseca,—mis noticias son que el almirante, olvidando su origen y su carácter de extranjero, trata á los españoles como esclavos, impone á todo el mundo su voluntad, no hace caso de las observaciones de nadie, y ha tenido ya más de un conflicto con el reverendo padre Boil, el cual en una carta que me ha traído uno de los viajeros dá cuenta detallada de todo lo que pasa en la colonia.

Así pues, aun cuando pueda prometerse España grandes riquezas en aquellos apartados países, no es justo que los que vayan allí á trabajar para adquirirlas se encuentren lejos de su patria bajo la ominosa dominacion de un hombre que se ha ensoberbecido con sus medros, y considera á todo el mundo inferior á él.

Conviene por de pronto, para castigar su soberbia, que venga á España con el sello de la desgracia, que luego despues no nos faltarán hombres inteligentes, sábios tanto como él, y más aún, en el arte de navegar y en la ciencia de gobernar.



Vos mismo, en quien me complaceo reconocer cualidades superiores, podreis, sirviendo en esta ocasion á vuestra patria, haceros acreedor á la proteccion de los que nos interesamos por su prosperidad, y no seria extraño que algun dia se os confiase el mando de alguna de las colonias creadas ó que se creasen en la sucesivo.

—¿Y qué he de hacer para obtener tanto favor?— preguntó Juan de Aguado.

—Contribuir conmigo y con los que deseamos ver libre á España de la influencia de ese extranjero, á presentarlo á los ojos de los reyes como un hombre inepto, como un elemento perjudicial á nuestra preponderancia en los países conquistados.

—Pero si he hablado ya á los reyes elogiándole, ¿cómo podrán creerme?

El sentimiento de la gratitud es indispensable; pero ahora mismo se prepara una expedicion de tres carabelas, cuyo mando vá á darse á un hermano del almirante, á quien los reyes han sacado poco ménos que de la miseria.

Todo esto origina gastos, todo esto despierta en muchos el deseo de abandonar su hogar para ir en pos de la fortuna.

—Un hombre de corazon no puede ver con calma estos sacrificios; y sobre todo vuestro porvenir estriba en eso.

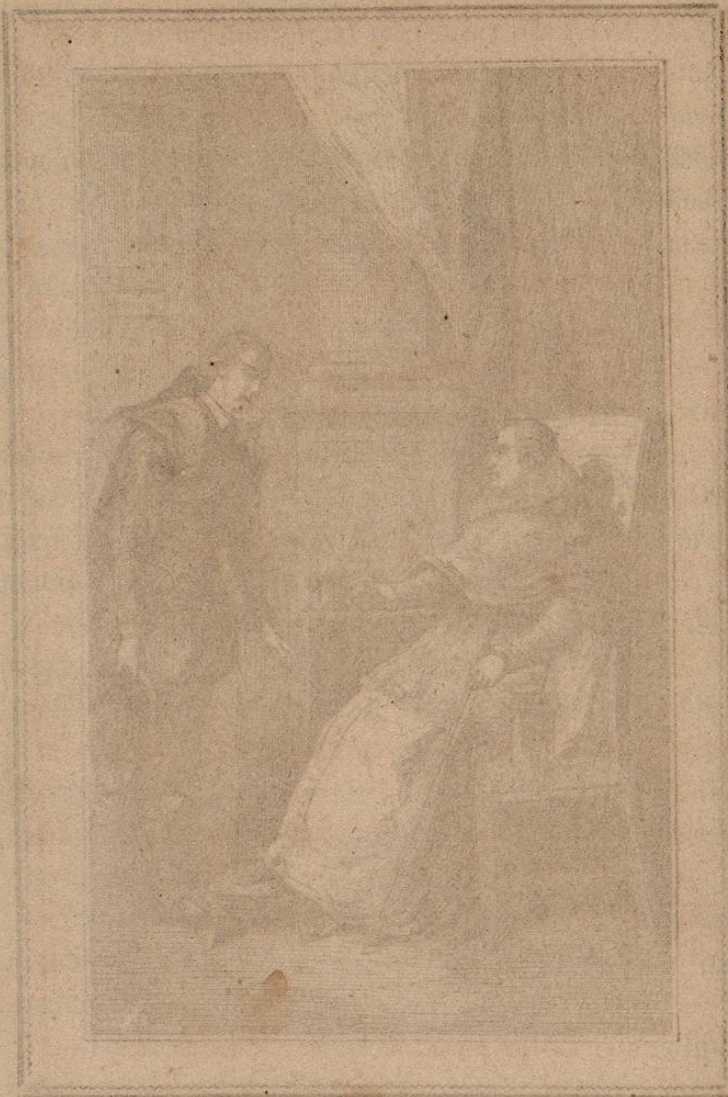
—Si vos supiérais,—dijo Aguado,—los deseos que tengo de humillar á ese hombre...

—Tanto más en abono de mis consejos.



CRISTÓBAL COLON.—Nadie sabrá que he tenido la alta honra de ver á su ilustrísima y besar su anillo.





CRISTÓBAL COLÓN.—Había escrito que le fuese a ver en su casa y a presentarle su plan.

—¡Oh! Sí, contad conmigo para todo.

—Pero no conviene que nos apresuremos. Cuantos más elementos reunamos para poner en claro su iniquidad, será mejor. Sé que no sois rico: disponed de mi bolsa y de mi casa.

Gorbalan partió á poco á realizar su deseo.

Aguado quedó en Búrgos estrechando cada vez más y más los lazos que le ligaban al obispo Fonseca.

Este, como superintendente del Consejo de Indias, no tuvo más remedio que disponerlo todo para la expedición que debía mandar el hermano del almirante.

Pero detuvo la marcha de los buques, á fin de que pudiera llegar á Sevilla una persona de toda su confianza, que debía formar parte en aquella expedición.

Esta persona era Pedro Ibañez, el cual llevaba órdenes secretas para Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa y el padre Boil.

Margarite había sido muy recomendado por Colón á los reyes.

En su carta decia á los soberanos que era uno de los más valientes capitanes, y que se hacia acreedor á que sus majestades velasen por la suerte de su esposa y sus hijos, que estaban en España.

Si un hombre que inspiraba á Colón tanto afecto se convertia en un testigo contra él, las probabilidades de éxito de los planes de Fonseca eran mayores.

La conjuración adelantaba.

Pero aún necesitaba un elemento más.



Era preciso que no fueran sólo españoles los que le acusasen.

Podría parecer aquella odiosidad de raza.

Aguado había dicho á Fonseca que en su carabela había regresado á España un marino italiano, el cual podría también corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debía pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Había desembarcado en Sevilla, y envió el obispo Fonseca una comunicacion á Soria para que le buscara.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar es que Américo se había embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscara.

Tiempo es de que nosotros le sigamos también, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasión le había conducido.

## Capítulo V.

### La venganza de un marido.

Isabel de Monteagudo había revelado la verdad á Américo Vespucio á bordo de la carabela que les conducía á América.

Don Alfonso había condenado á vivir á Esperanza, y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal era un tormento que no puede describirse, que hace erizar los cabellos sólo al pensar en él.

La pobre esposa creyó que no podría sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoría del duque de Médicis, y se dirigió